

EL ORO DE MUSSOLINI

Manuel Aguilera Povedano

EL ORO DE MUSSOLINI

*Cómo la República planeó vender
parte de España al fascismo*



ARZALIA
ediciones

El oro de Mussolini
Cómo la República planeó vender
parte de España al fascismo

© 2022, Manuel Aguilera Povedano

© 2022, Arzalia Ediciones, S. L.

Calle Zurbano, 85, 3.º-1. 28003 Madrid

Diseño de cubierta, interior y maquetación: Luis Brea

ISBN: 978-84-19018-10-6

Depósito Legal: M-12134-2022

Impreso en Artes Gráficas Cofás, S. A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotomecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso por escrito de la editorial.

Impreso en España — *Printed in Spain*

www.arzalia.com

Índice

1. Una colonia a cambio de la victoria	11
2. Las actas de la negociación	17
3. La maniobra más arriesgada de la República	33
4. La conquista de Baleares	47
5. Un portaviones imposible de hundir	63
6. El generalísimo de Mallorca	79
7. La gran estafa diplomática	101
8. Las confesiones de Mussolini	105
9. Las actas perdidas	121
10. La colonia secreta	129
11. Conclusiones	147
ANEXO: Las memorias del teniente Mancini	153
Fuentes	175
Bibliografía	177
Notas	185
Índice onomástico	207

A mis padres, siempre.

1

Una colonia a cambio de la victoria

Mónaco, 7 de marzo de 1937

La Estación de Ventimiglia está rodeada de verdes montañas. Frente a la entrada, hay una pequeña fuente y, en seguida, el mar. En domingo, el trasiego de viajeros ofrecía una apariencia muy distinta de la de sus veranos dorados y su feria medieval, con sus concurridos bares y el tráfico de turistas italianos y franceses. Aquel día apenas había movimiento, solo unos cuantos taxistas hablando en la puerta. Un mástil con una gran bandera verde, blanca y roja avisaba de que allí terminaba la Francia democrática y empezaba la Italia fascista.

José Chapiro llegó en coche cuando en el campanario de la iglesia sonaban las tres de la tarde. Era bajito y muy moreno. Para camuflar, en parte, esos rasgos típicamente españoles, se puso el sombrero. Miró al horizonte, encendió un cigarrillo y esperó. En seguida, un hombre alto y calvo enfundado en un abrigo verde se acercó hasta él: «¿Schulmeister?». Chapiro asintió y se fijó en el vehículo de su interlocutor. Era un Mercedes cubierto de polvo y barro, como si hubiera hecho un largo viaje. Pensó que vendría directamente de Roma, pero algo le extrañó: la matrícula era suiza.

—Prefiero que vayamos a otro sitio en mi coche, si le parece bien —propuso—. ¿Entiende el español?

—Perfectamente. ¿Dónde quiere ir?

—Aquí al lado.

Chapiro apagó el cigarrillo y ambos pusieron rumbo a Mónaco, a solo treinta kilómetros. Prefería poner tierra por medio el fascismo porque temía ser detenido. De hecho, Mussolini le había citado en Roma, pero él se opuso tajantemente. Tocar suelo enemigo era muy arriesgado, así que planteó quedar en la misma frontera. Era una de esas personas apátridas que han vivido un poco en cada sitio. Nació en Kiev, estudió en París y Berlín, se casó con una mujer acaudalada de Salzburgo y, cuando llegó la II República a España, se trasladó a Madrid. Hablaba perfectamente varios idiomas, sobre todo alemán, español y francés. Se doctoró en Filosofía y trabajaba como periodista y traductor. En su condición de judío, le horrorizaba el ascenso del nazismo, y pronto comenzó a frecuentar los ambientes de izquierdas en el agitado Madrid republicano. Allí conoció a un veterano dirigente del PSOE, Luis Araquistáin, que en septiembre de 1936 le fichó como agente secreto de la embajada de España en París.

El espía Chapiro era una persona comprometida, fiable, aplicada y con contactos en muchos países. Su fallo era la arrogancia. Era uno de esos tipos pedantes que para dar cualquier noticia sin importancia le cuentan a uno que comen y cenan con ministros o se tutean con los jefes de Estado, y consideran que debemos quedarnos todos con la boca abierta. Esta vez, sin embargo, su misión iba mucho más allá de cualquier alarde: la reunión podía suponer un auténtico vuelco para el desarrollo de la guerra en España.

La idea había partido de Araquistáin y contaba con la aprobación del presidente del Gobierno, Largo Caballero. La ayuda rusa era insuficiente y Francia y Reino Unido no

querían saber nada de la deriva revolucionaria del bando republicano. En enero de 1937, la República perdía la guerra y solo quedaba una salida. Usando las propias palabras del viejo socialista, aquello era «el huevo de Colón». El embajador envió una carta a Caballero y se lo dijo claramente: «Creo que es la única solución: hay que comprar la no intervención en España». Cuando recibió luz verde, contactó con su homólogo italiano en Londres, Dino Grandi, y concertaron una reunión. Araquistáin bautizó la operación con el alias de su mejor agente, «Schulmeister», que quedó encargado de la negociación. El apodo lo había copiado de un agente doble austríaco que trabajó para Napoleón.

Los dos espías llegaron a Mónaco en poco más de media hora. Sortearon las colinas y descendieron sus pendientes convertidas en lujosas calles. A la izquierda, el Casino de Montecarlo, el más famoso del mundo, y enfrente, el paseo marítimo cargado de tiendas y cafés representativos de la opulencia europea. El ambiente era de una insólita frivolidad ante el conflicto español y la amenaza de guerra mundial. Fiestas, risas, tranquilidad, felicidad... Qué lejos quedaban los bombardeos de Madrid y la Barcelona revolucionaria.

El italiano propuso detener el coche en el mismo paseo, frente a un *tea-room* llamado Vecchia Firenze. El local era estrecho y alargado, con dos filas de mesas, sillas de colores y cocina al fondo. A esa hora solo había una familia francesa tratando de que los hijos se acabaran una *pizza*. Eligieron el lugar más reservado: la mesa del fondo. El camarero solo hablaba francés, pero, al percatarse de su acento, acertó a saludarlos en español. Chapiro pidió un té y su interlocutor un café y un vaso de agua.

—Antes de nada, quiero decirle que estoy al corriente de todo —comenzó avisando el agente de Mussolini—. Me es indiferente si alguno de sus ministros no está al tanto. Le creo capaz de llevar a cabo el proyecto. Conozco sus amistades.

—Perfecto. Eso nos ahorrará tiempo —contestó Chapiro disimulando su inquietud.

—Le advierto de que esta discusión no responde a ningún temor o duda sobre el resultado de la guerra. La victoria será de Franco. Italia se ha comprometido a fondo y el Duce no es un hombre que ceda. Si hemos acudido a esta cita, es para saber si podemos concluirla antes y con menos gasto.

—Entiendo. Nuestras intenciones son opuestas y a la vez idénticas a las suyas. Opuestas, porque estamos convencidos de que la victoria final será para la República. Hemos contenido el avance enemigo y ahora el tiempo corre a nuestro favor. Pero, como ustedes, también queremos acelerar el fin de la guerra, y mi proyecto consiste en pagarles una suma equivalente al gasto en que Italia incurre con su participación en la contienda, si cumplen el pacto de no intervención y se retiran inmediatamente.

—A nosotros no nos basta con un arreglo puramente económico. Y perdone, pero, respecto a las posibilidades militares de la República, creo estar mejor informado que usted; acabo de llegar de Madrid y conozco la situación. Sé dónde está su casa, tengo amigos en la misma calle y siempre me alojo muy cerca.

Chapiro respiró hondo antes de reposar la taza. El fascista se movía con soltura por el Madrid republicano y parecía saber mucho sobre él. Detestaba aquella misión. Odiaba la idea de comprar al enemigo, pero además se encontraba ante un agente más arrogante y preparado que él. La negociación iba a ser muy difícil.

—Le aseguro —continuó el italiano— que este encuentro les beneficia mucho más a ustedes que a nosotros. Italia no se bate por simpatía o en favor de nadie. Italia solo sacrifica a sus hijos cuando su vida nacional está en peligro. Por eso, el Duce no se decidió a intervenir hasta que vio el alcance internacional de esta lucha, cuando Francia y Rusia se de-

cantaron por la República. No queremos que España sea una aliada de estas potencias porque Italia quedaría estrangulada en el Mediterráneo. La participación alemana tiene otras razones, yo creo que puramente económicas: quiere el mineral de hierro de España.

—Si Alemania tiene ese interés —interrumpió Chapiro—, continuará con su intervención e incluso podría paliar su ausencia si ustedes se retiran.

El italiano suavizó el gesto y usó un tono más conciliador.

—Mire, Hitler no puede hacer nada sin nosotros. Si nos vamos, Alemania seguirá el ejemplo.

—Dígame, entonces, cuáles son las condiciones de Mussolini.

—Italia y España son dos pueblos latinos de historia estrechamente ligada al Mediterráneo. Debemos entendernos. Por eso, nuestra condición central es esta: admisión de una emigración de doscientos mil italianos, la mitad de los cuales iría a Baleares y el resto, a la Península. Además, una o dos bases aéreas en Baleares; las navales nos interesan menos.

Chapiro se recostó sobre la silla y dio una calada a su cigarro para sopesar lo que acababa de oír. Era obvio que Italia estaba interesada en Mallorca, donde ya tenía un contingente de la Aviación Legionaria y numerosos buques, pero aceptar la oferta convertiría, *de facto*, a uno de cada cinco residentes en italiano. Aquello suponía un salto cualitativo: querían crear una nueva colonia.

—Está pidiendo demasiado. Incluso si accediéramos a ello, hay dos obstáculos insuperables. Primero, las islas no tienen espacio ni trabajo suficiente para absorber de golpe a cien mil italianos, y eso sin hablar de la hostilidad de la población local; y segundo, Inglaterra y Francia se opondrían con violencia a una concesión de semejante envergadura. Si me lo permite, es más razonable pensar en las posibilidades que ofrece el Marruecos español.

—Ya hemos pensado en esas objeciones. El Gobierno italiano ha decidido adquirir en Baleares, pagándolas al contado, extensas propiedades agrícolas para instalar en ellas a sus emigrantes, como ya hizo en Túnez. Si lo desea, podría mencionarle incluso de qué terrenos se trata. El Marruecos español crearía más complicaciones porque tiene frontera con Francia. En cambio, Baleares es un territorio formado por islas alejadas. Sobre las potencias occidentales, no se preocupe, son muy transigentes con las decisiones de su Gobierno.

—Me temo que no será suficiente.

—Además, hay otras condiciones de carácter económico: un *zollverein* o libre cambio durante veinticinco años para ciertos productos como la seda, la pasta y los automóviles, y un pago de cien millones de dólares en un máximo de dieciocho meses para compensar el gasto de la guerra. Esto es evidente que debe añadirse. No obstante, le aviso de que la única razón por la que Italia dejaría de apoyar a Franco es la aceptación de la primera de estas condiciones, es decir, las Islas Baleares.